

La Vida es Sueño, de Pedro Calderón de la Barca.

Obra de teatro, adaptada para los alumnos de 6to año del colegio Santo Tomás Moro.

Profesora a cargo: Eva Burgos.

Adaptación realizada por: María José Lin, Morena Zalazar y Yamila Rojas.

Personajes:

- Segismundo, príncipe de Polonia.
- Basilio, rey de Polonia.
- Clotaldo, lacayo del rey.
- Rosaura, la dama.
- Clarín, el gracioso.
- Soldados.
- Narrador.

Acto Único.

En Polonia.

Escena I.

A un lado un monte fragoso y al otro una torre cuya planta sirve de prisión a Segismundo. La puerta que da frente al espectador está entreabierta. Salen en lo alto de un monte Rosaura, en hábito de hombre, y Clarín, encontrando la torre.

Narrador: Llegando al pie de una torre, escondida entre los montes, Rosaura que, disfrazada en hábito de hombre y acompañada por el gracioso Clarín, se adentran en Polonia desde Moscovia, en búsqueda de restaurar el honor de la dama. Ella tiene el propósito de comprobar su origen noble, tras haber sido abandonada por un varón, debido a su origen ilegítimo y vengarse de él.

En su camino, dentro de la oscura prisión, oyen cadenas y el lamento de un joven.

Segismundo: ¡Ay, mísero e infeliz de mí!

Rosaura: ¡Qué triste voz escucho! Con nuevas penas y tormentos lucho.

Clarín: Yo con nuevos temores...

Rosaura: Clarín...

Clarín: ¿Señora?

Rosaura: Escuchemos lo que dice esta encantada torre.

Segismundo: ¡Ay, mísero e infeliz de mí!

Decirme, cielos, ¿qué delito cometí?

Aunque, si nací, ya entiendo qué delito he cometido.

Pues el delito mayor del hombre es haber nacido.

Sin embargo, ¿no nacieron los demás?

¿Qué privilegios tuvieron que, a mí no se me concedieron?

Nace el ave, el bruto y el pez. ¿Y yo con más alma, mejor instinto y más albedrío, tengo menos libertad?

Nace el arroyo, las flores y el campo.

¿Y yo con más vida tengo menos libertad?

¿Qué justicia es esta de negar al hombre privilegio que Dios ha dado a un cristal, ave y bruto?

Rosaura: Temor y piedad en mí sus razones han causado.

Segismundo: ¿Quién mi voz ha escuchado? ¿Es Clotaldo?

Rosaura: No es sino un triste, ¡ay de mí!

Segismundo: Pues la muerte te daré, por mis penas saber.

Clarín: Yo soy sordo y no he podido escucharte.

Escena II.

Entra Clotaldo en escena.

Clotaldo: ¿Qué son estas dos voces que a mis oídos han llegado?

Segismundo: Este es Clotaldo, mi alcalde. ¿Aún no acaban mis desdichas?

Clotaldo: Si sabes que tus desdichas, Segismundo, son tan grandes, que antes de nacer moriste por ley del cielo.

Si sabes que estas prisiones son de tus furias arrogantes, un freno, ¿por qué te quejas?

La puerta cierren de esa estrecha cárcel.

Escóndanle en ella.

Voltea hacia Rosaura y Clarín.

Ustedes, retirarse, ignorantes,

que contra el decreto del rey atentaste.

Entreguen sus espadas.

Rosaura: *Muestra su espada.* Mi espada es esta, que a ti ha de entregarse.

Clotaldo: *Toma la espada y la observa, asombrado.* ¿Quién te la dio?

Rosaura: Una mujer.

Clotaldo: ¿Cómo se llama?

Rosaura: Que calle su nombre es fuerza. *Un soldado se la lleva, junto a Clarín.*

Clotaldo: *Al público.* ¿Qué he de hacer? ¡Válgame el cielo!

¿Qué he de hacer? Porque llevarle al rey, es llevarle, ¡ay, triste!, a morir.

Pues, ocultarle al rey, no puedo, conforme a la ley del homenaje.

Narrador: Fiel vasallo del rey, Clotaldo se ve atrapado en un dilema moral. Aquella espada a la que ha dado entrega Rosaura, de quien desconoce es, en realidad, dama, le perteneció alguna vez, antes de entregársela a mujer que sedujo y abandonó en Moscovia. Delante de sus ojos se presenta su hijo, cuya vida corre riesgo por desobedecer el decreto del rey, ¿qué ha de hacer?

Por otro lado, Rosaura, había sido indicada por su madre a que, con ayuda del arma, en Polonia sería capaz de encontrar a su padre y obtener su protección entre la nobleza.

Escena III.

Basilio, con un gran libro, en medio de la corte.

Basilio: Mi nombre es Basilio, rey de Polonia,

y por mi ciencia recibí el nombre de sabio.

Del cielo como un libro leo y de sus hojas

funesto destino guardo.

¡Desgraciado mi ingenio!

¡Porque de los infelices aun el mérito es cuchillo,

que a quien le daña el saber homicida es de sí mismo!

Dígalo yo, aunque mejor lo dirán sucesos míos,

para cuya admiración silencio os pido.

De mi esposa tuve un desdichado hijo,

en cuyo parto, los cielos se agotaron en prodigios:

Vio un monstruo en forma de hombre, el mayor,

el más horrendo eclipse que ha padecido el sol.
Cielos oscuros y tierra temblando.
Por las gracias de mis estudios he visto que Segismundo
sería el hombre más atrevido, cruel e impío.
Dando crédito yo a los hados,
determiné encerrar a la fiera que había nacido.
Sin embargo, aunque su inclinación le dicte
sus precipicios, quizás no sea vencido
porque del hado más infausto
sólo el albedrío puede serle esquivo
He de ponerle mañana sin que sepa que es mi hijo
en mi silla donde gobierne y mande, con esto dos cosas consigo:
La primera, si es prudente y benigno, desmintiendo al hado
gozareis del natural príncipe, mi hijo.
La segunda, que si él, soberbio, osado y atrevido,
lo devolveré a la cárcel no por crueldad, sino por castigo.

Escena IV.

Entra Clotaldo.

Clotaldo: Discúlpeme la interrupción.

Basilio: ¡Oh, Clotaldo!, tú seas muy bien venido. Te veo afligido, ¿qué tienes?

Clotaldo: Una desdicha, señor, que me ha sucedido, cuando pudiera tenerla por el mayor regocijo.

Basilio: Prosigue.

Clotaldo: Dos jóvenes, osados o inadvertidos, entraron en la torre, señor, donde al príncipe han visto y es...

Basilio: No te aflijas, Clotaldo; si otro día hubiera sido, confieso que lo sintiera, pero ya el secreto he dicho y no importa que ellos lo sepan, supuesto que yo lo digo. Porque al fin, no presumas que castigo los descuidos tuyos, sino los perdono.

Basilio se retira.

Clotaldo: ¡Vivas, gran señor, mil siglos!

Escena V.

Clotaldo: *Al público.* Ya no diré que es mi hijo, pues que lo puedo excusar.

Entran Rosaura y Clarín. Extranjeros peregrinos, libres están. Clotaldo devuelve la espada.

Rosaura: Tus pies beso mil veces.

Clarín: Y yo los piso, que confundir en una letra no reparan dos amigos.

Rosaura: La vida, señor, me has dado; y pues a tu cuenta vivo, eternamente estaré agradecido.

Escena VI.

En el escenario, la corte, Segismundo se encuentra estático. Una larga mesa, sirve de apoyo a sus piernas, mientras se da el diálogo entre Basilio y Clotaldo.

Clotaldo: Todo, como lo mandaste, queda efectuado.

Basilio: Cuenta, Clotaldo, cómo pasó.

Clotaldo: Fue, señor de esta manera:
con apacible bebida
en virtud de algunas hierbas
cuyo tirano poder y cuya violencia,
a un hombre adormecido, le quita
los sentidos y potencias.

Basilio: Perfecto, entonces demos comienzo al plan,
En el que, a prueba, Segismundo, se verá.

Escena VII.

Narrador: Despertando en suntuosos aposentos, y vestido en telas finas, Segismundo ha sido llevado a la corte del rey dormido para acatar el plan de su padre. Respecto a ello se comporta altanero, pues pasando de ser el más miserable ahora se alza solemne como príncipe de Polonia. Por esto, trata con soberbia a sus criados y demás miembros presentes, creyéndose por sobre todo el mundo.

Canto de los criados, Segismundo que en escena estaba estático, comienza a moverse.

Segismundo: No canten más, que a mis oídos sus voces molestan.

Clotaldo: Disculpe, señor, sólo buscábamos animarte.

Segismundo: *Al público.* ¿Cómo es posible que éste, quien en prisiones me ha mantenido diga que busca animarme?

A Clotaldo. ¡Tú, traidor fuiste con la ley,
lisonjero con el rey,
y cruel conmigo fuiste.
Y así el rey, la ley y yo,
entre desdichas tan fieras
te condenan a que mueras
a mis manos.

Clotaldo: Advierte, que sólo a mi rey obedezco.

Segismundo: En lo que no es justa ley
no ha de obedecer al rey;
y su príncipe era yo.

Clotaldo: No es deber mío examinar si era bien hecho o mal hecho.

Segismundo: Que está mal con vos sospecho, me das que replicar.

Clarín: Dice el príncipe muy bien, y usted hizo muy mal.

Clotaldo: ¿Quién te dio licencia para hablar?

Clarín: Yo mismo me la he tomado.

Segismundo: ¿Quién eres tú?

Clarín: Entrometido.

Y de este oficio soy jefe,
porque soy el mequetrefe
mayor que se ha conocido.

Segismundo: Tú sólo en tan nuevos mundos me has agradado.

Clarín: Señor, soy un grande agradador de todos los Segismundos.

Narrador: Aquí vemos, el cumplimiento del hado,
cómo Segismundo no es capaz de superar
el horóscopo infausto.
Bárbaro es y atrevido;
cumplió su palabra el cielo;
y así, para el mismo apelo,

soberbio desvanecido.
Y aunque sepa ya quién es,
y desengañado esté,
y aunque en un lugar se ve
donde a todos lo prefieren,
miren bien lo que le advierto:
que sea humilde y blando,
porque quizás esté soñando,
aunque vea que está despierto.

Segismundo: *Furioso, toma al narrador de los hombros.*

¿Qué quizá soñando estoy,
aunque despierto me veo?
No sueño, pues toco y siento.
Sé quién soy, y no podrán
aunque suspiren y sientan,
quitarme el haber nacido
de esta corona heredero;
y si me viste primero
a las prisiones rendido,
fue porque ignoré quién era;
pero ya informado estoy
de quién soy y sé que soy
un compuesto de hombre y fiera.
Empuja al narrador.

Escena VIII:

Segismundo, en pieles otra vez, durmiendo. Torre.

Basilio: Aquí le han de dejar, pues hoy su soberbia acaba donde empezó.

Clotaldo: Como estaba, la cadena he vuelto a atar.

Clarín: Por cierto, ¿por qué a mí?

Clotaldo: Porque ha de estar guardado en prisión tan grave,
Clarín que secretos sabe, donde no pueda sonar.

Clarín: ¿Acaso yo solicito dar muerte a mi padre? No.

¿Arrojé yo al narrador? No.

¿Yo sueño o duermo? ¿A qué fin me encierran?

Clotaldo: Eres Clarín.

Clarín: Pues ya digo que seré corneta, y que callaré, que es instrumento ruin.

Basilio: ¡Ay, príncipe desdichado y en triste punto nacido! Despiértale, Clotaldo, ya que fuerza y vigor perdió con el opio que bebió.

Se retira Basilio. Clotaldo despierta a Segismundo.

Escena IX.

Segismundo: ¿Soy yo, preso, a quien llego a ver en tal estado? ¿No eres tú, mi sepulcro, torre? ¡Válgame Dios, qué de cosas he soñado! ¿Es ya de despertar hora?

Clotaldo: Sí, hora es ya de despertar. ¿Todo el día has de estar durmiendo?

Segismundo: No. Todavía estoy durmiendo, y no estoy muy engañado; porque si ha sido soñado lo palpable y cierto, lo que veo será incierto.

Clotaldo: Lo que soñaste, dime.

Segismundo: No diré lo que soñé, lo que vi, Clotaldo, sí.

Yo desperté, y me vi,

príncipe en Polonia era.

Y por traidor,
con pecho atrevido y fuerte
dos veces te daba muerte.

Clotaldo: ¿Para mí tanto rigor?

Segismundo: De todos era señor
y de todos me vengaba.

Clotaldo: Deberías honrar a quien
te crió con tanto empeño...

Se va Clotaldo. Entra el Narrador. Segismundo, confundido.

Narrador: Recuerda, Segismundo, que aun en sueños no se pierde el hacer bien.

Segismundo: ¿Qué haces aquí...? Yo te arrojé...

¿Acaso sueño fue? *Se resigna, al público.*

Es verdad; pues reprimamos
esta fiera condición,
esta furia, esta ambición,
por si alguna vez soñamos;
y así haremos, pues estamos
en mundo tan singular,
que el vivir sólo es soñar;
y la experiencia me enseña
que el hombre que vive, sueña.
lo que es, hasta despertar.
¿Qué es la vida? Un frenesí.
¿Qué es la vida? Una ilusión,
una sombra, una ficción,
y el mayor bien es pequeño;
que toda la vida es sueño,
y los sueños, sueños son.

Escena X.

En la torre.

Narrador: Infausta Rosaura, se adentra en la torre que al hombre-fiera oculta. El pueblo de Polonia se levanta, exigiendo al príncipe verdadero del trono. Una batalla se desata. Entonces, ella en hábito de mujer y con armas portadas, aprovecha la situación para abrirle las puertas a aquel que debe encabezar a los rebeldes y por quien puede ejecutar su venganza.

Rosaura: Gran príncipe Segismundo
ya sabes que yo llegué pobre, humillada
y desdichada a Polonia, y amparada
de tu valor, en ti hallé piedad. Hoy
a tus plantas se arroja una mujer
infeliz. Hoy, que, siendo monstruo de
una especie y otra, entre galas de mujer,
armas de varón me adornan.
Lo más que podré decirte de mí, es
que el dueño que roba los trofeos de mi
honor, los despojos de mi honra,
luchará del bando de tu padre. Y yo,
viendo que tú, ¡oh, valiente Segismundo!,

a quién hoy toca la venganza, pues el
cielo quiere que la cárcel rompas
de esa rústica prisión. Dos
ha sido tu persona, al sentimiento
una fiera, al sufrimiento una roca,
las armas contra tu patria y contra tu
padre tomas, vengo a ayudarte.
Mujer vengo a servirte cuando a tus
plantas me ponga, y varón vengo a servirte
cuando a tu gente socorra.
Mujer, vengo a que me valgas en mi
agravio y congoja. Y varón vengo a valerte
con mi acero y mi persona.

Segismundo: *Al público.* Cielos, si es verdad que sueño,
suspéndanme la memoria,
que no es posible que quepan
en un sueño tantas cosas.

¿Quién vio penas tan dudosas?
Si soñé aquella grandeza
en que me vi ¿cómo ahora
esta mujer me refiere
unas señas tan notorias?

Rosaura está en mi poder;
su hermosura el alma adora;
gocemos, pues la ocasión;
el amor las leyes rompa.

¡No! Rosaura está sin honor;
más a un príncipe le toca
el dar honor, que quitarle.

¡Vive Dios!, que de su honra
he de ser conquistador,
antes que de mi corona.

A Rosaura. Rosaura, no te responde mi voz,
porque mi honor te responda.

No te hablo, porque quiero
que te hablen por mí mis obras:
ni te miro, porque es fuerza,
en pena tan rigurosa,
que no mire tu hermosura
quien ha de mirar tu honra.

Narrador: Abandona Segismundo a la dama, negándose a alimentar su deseo de
venganza, pues él debe demostrar primero que puede superar el hado impuesto para
devolverle la honra. Es aquello lo que príncipe le haría, al honor importa, por ser piadoso con
ella, ser cruel ahora.

Aprovechando la situación, por arbustos, Clarín escapó de la torre, no queriendo
involucrarse en el reciente conflicto, se esconde.

Escena XI.

En el telón negro.

Clotaldo: Detente tú, joven dama

¿eres tú propietaria de esta espada? *Señala la espada.*

Rosaura: En lo cierto estás y desengañado también,
yo soy el varón que con Clarín se adentró en la torre aquella vez.
¿Por qué has de preguntar?

Clotaldo: *Al público.* Veo, ahora, que
aquel que creí mi hijo, era en realidad mujer.

A Rosaura. La mujer que antes mencionaste,
la que te otorgó ese acero que te
adorna, es la dama que abandoné en
Moscovia. Hija mía debes ser,
casada, noble y honrada tienes que ser.

Rosaura: Es a ti a quien he estado
buscando, desdichada he sido por
mucho tiempo. El varón que me ofendió
digno de censura es, este hombre
al que no puedo nombrar, luchando
en esta batalla está. Espero que
su espada falle en el momento
que más la necesite para así no
verlo nunca más.

Clotaldo: ¡Ay de ti! Por mis faltas
te pido perdón. A partir de este momento
bajo mi amparo quedas, ningún hombre
jamás dudará de tu nobleza.

Cae Clarín herido de muerte.

Clarín: ¡Ay, infeliz de mí!

Clotaldo: ¿Quién es este pobre soldado?

Rosaura: Es Clarín, me ha acompañado desde Moscovia.

Clarín: Por quererme guardar de la muerte, la busqué.
Huyendo de ella, con ella topé,
pues no hay para la muerte lugar secreto
¡miren que van a morir, si está en Dios que mueran!

Rosaura: ¡Qué desgracia, que tristeza,
nunca creí que este bufón tendría tan fatídico final!

Escena XII.

En el telón negro.

Narrador: En lo intrincado del monte, entre sus espesas ramas, el rey se esconde. Le sigue Segismundo, examinando con cuidado tronco a tronco, rama a rama.

Basilio: *Arrodillado ante Segismundo, vencido y con la cabeza baja.*

Si a mí buscándome vas,
ya estoy, príncipe a tus plantas.
Sea de ella blanca alfombra,
esta nieve de mis canas.
Pisa mi corona; postra, arrastra
mi decoro y mi respeto;
toma de mi honor venganza,
sírmete de mí cautivo;
y tras prevenciones tantas,
cumpla el hado su homenaje,

cumpla el cielo su palabra.
Segismundo: Corte ilustre de Polonia,
testigos son, atiendan,
que su príncipe les habla.
Lo que está determinado
del cielo, y en azul tabla
Dios con el dedo escribió.
Nunca engañan, nunca mienten
porque quien miente y engaña
es quien, para usar mal de ellas,
las penetra y las alcanza.
Mi padre, que está presente,
por excusarse a la saña
de mi condición, me hizo
un bruto, una fiera humana;
de suerte que, cuando
yo por mi nobleza gallarda,
por mi sangre generosa,
hubiera nacido dócil y humilde,
sólo bastara tal linaje de crianza,
a hacer fieras mis costumbres;
¡qué buen modo de estorbarlas!
Escuchadme, la Fortuna no se vence
con injusticia y venganza,
porque antes se incita más;
y así, quien vencer aguarda
a su fortuna, ha de ser
con prudencia y con templanza.
Sentencia del cielo fue;
por más que quiso estorbarla
él, no pudo; ¿y podré yo
que soy menor en las canas,
en el valor y en la ciencia,
vencerla? *A Basilio.* Señor, levanta.
Dame tu mano, ya que
el cielo te desengaña
de que has errado en el modo
de vencerle, humilde aguarda
mi cuello a que tú te vengues;
rendido estoy a tus plantas.
Se arrodilla Segismundo, con la cabeza baja.
Basilio: Hijo, que tan noble acción
otra vez en mis entrañas
te engendra, príncipe eres.
A ti el laurel y la palma
se te deben; tú venciste;
te coronan tus hazañas.
Todos: ¡Viva Segismundo, viva!

Escena XII.

Narrador: Segismundo ha logrado vencer al hado, haciendo un uso virtuoso del libre albedrío, no reclama él, sino que sus honores le ameritan el volver a engendrarse como príncipe de Polonia. Quien destinado a matar a su padre y ser cruel, tirano, con su pueblo, se ha postrado ante él, humilde y lleno de sabiduría. “Reprimamos esta fiera condición”, había dicho y de dicha forma, lo hizo.

Segismundo: *Sale por el telón negro, perdido.*

¿Qué los admira? ¿Qué los espanta?

Fue mi maestro un sueño,
y estoy temiendo, en mis ansias,
despertar y hallarme otra vez
en mi cerrada prisión.

Y cuando no sea,
el soñarlo sólo basta;
pues así llegué a saber
que toda la dicha humana,
en fin, pasa como sueño,
y quiero hoy aprovecharla
el tiempo que me dure,
pidiendo de nuestras faltas
perdón, pues de pechos nobles
es tan propio el perdonarlas.

FIN.